

## CULTURA Y CONFLICTO

Por el Académico DR. EUGENIO PUCCIARELLI

Cultura y conflicto son dos términos de la lengua corriente. Creemos conocer sus significados porque los usamos a diario, los empleamos en múltiples oportunidades, y nos parecen tan familiares que no exigen aclaraciones ulteriores. Pero esto es apariencia: el lenguaje corriente esconde muchas sorpresas: mezcla, sin que el hablante lo advierta, entidades, cualidades, relaciones y acciones. Todo lo cual acentúa la vaguedad de los términos que se utilizan, la escasa precisión en la referencia a entidades extralingüísticas, la pluralidad de los significados. Nunca se sabe a ciencia cierta de qué se está hablando si previamente no se define el término empleado y el contexto en que aparece. Una palabra inocente como, por ejemplo, 'operación' puede referirse a una transacción económica, una intervención quirúrgica, una acción militar o, simplemente, un problema elemental de aritmética. Podemos escuchar una larga conversación, en el curso de la cual se pondera la habilidad técnica del que ha intervenido en una operación, sin enterarnos de qué se trata. Algo semejante ocurre con los términos 'cultura' y 'conflicto', que requieren una definición previa que circunscriba prolijamente el significado de uno y de otro. Tampoco la definición resuelve todas las dificultades, entre otras razones porque disponemos de una pluralidad de tipos de definiciones, y hemos de intentar en cada caso, escoger la que ofrezca más seguridades. Todas las precauciones que se tomen serán siempre insuficientes porque la lengua que

hablamos y en cuya atmósfera se mueve nuestra inteligencia no puede eludir ciertas sugerencias que alteran la naturaleza de los hechos que intentamos estudiar: sirva como ejemplo el caso frecuente de que ciertas palabras nos inducen a crear entidades allí donde aparecen sustantivos, que tienden a reificar o cosificar el término y hacemos creer que estamos en presencia de cosas donde sólo hay palabras.

No advertimos que una de las trampas de la lengua que hablamos proviene de la invasión de modelos espaciales que son inadecuados para representar cualidades anímicas, que en principio excluyen toda consideración espacial, o modos temporales que se desvirtúan cuando se expresan con términos que evocan el espacio. De ese tránsito ilegítimo de lo físico a lo anímico y de lo espacial a lo temporal, nacen graves dificultades no sólo para la solución sino también para el correcto planteo de los problemas filosóficos.

Algo semejante ocurre también con los términos cultura y conflicto, por lo cual se impone la tarea de precisar bien el significado de uno y de otro.

Una determinación del sentido correcto de los términos ha de partir de la experiencia misma, y en este aspecto ha de señalarse que el acceso a la cultura puede realizarse desde la antropología y desde las humanidades: anotar todos los elementos que constituyen los medios de actividad de un pueblo, tanto los materiales como los espirituales (mito, leyenda, poesía, lenguaje, etc.), por una parte, para lo cual la etnografía ofrece abundantes materiales. Y, por otro lado, registrar las actividades espirituales (actos de conocimiento, religiosos, económicos, artísticos, sociales y políticos) y atender a las creaciones que brotan desde ellos (ciencia, religión, economía, arte, sociedad, política) y en los cuales se ha objetivado, fuera del hombre, la actividad espiritual que le diera nacimiento. Así se comprueba que la cultura es el medio que permite la humanización del hombre, es el paisaje creado por encima de la naturaleza, es la atmósfera que respira cada individuo y que da a todos un aire de familia.

¿Qué ha de entenderse por cultura? Con mucha frecuencia empleamos los calificativos de 'culto' e 'inculto'

para referirnos a personas. A poco que nos detengamos a examinar qué significan nos salen al encuentro dos interpretaciones: la primera alude al saber, la segunda al comportamiento en un medio social determinado. ¿Basta saber para merecer la calificación de culto? Cabe señalar, ante todo, que el mundo del saber es muy grande y que alberga formas y contenidos distintos del saber. Esto obliga a distinguir un saber tecnológico, al servicio del dominio de la naturaleza y de la manipulación del hombre; su mira más generosa es la emancipación del hombre de la servidumbre de la naturaleza, y su mira más mezquina es la dominación de los otros hombres, la conquista de su adhesión, su consentimiento frente a la obra de los gobernantes —todo lo cual constituye una serie de delicados problemas en una época en que la sociedad se ha masificado—. El segundo plano está reservado al saber de las ciencias que, al menos en principio, aspira a ser independiente de toda ideología, y se presenta como objetivo y neutral. Aspira a explicar los hechos de la naturaleza e, igualmente, los de la cultura: matemática, física, biología, psicología, sociología e historia son los dominios en que se reparte, no sin conexiones entre unos y otros. El tercer plano lo constituye el saber filosófico encaminado a penetrar en la esencia de los objetos que se apresura a explorar con el propósito de lograr una fundamentación última de todo conocimiento y alcanzar, al mismo tiempo, los principios, normas y máximas que han de conferir sentido moral a la acción humana.

El hombre que habrá de merecer la calificación de culto ha de tener acceso al saber en todas sus formas, pero especialmente en la última. Pero no basta asomarse y contemplar, por así decirlo, el territorio del saber desde afuera, sino que es menester apropiárselo sin perderse en sus laberintos, convertirlo en experiencia personal, en última instancia en segunda naturaleza. Tampoco se trata de incorporar a la memoria vastas cantidades de saber, ya que el erudito, que domina un sector de una ciencia determinada, no puede calificarse de hombre culto. Se requiere una visión de la totalidad, que permita dar sentido a cualquier visión parcial. Sólo el saber convertido en sustancia propia, identificado por así decirlo con la persona en lo que tiene de más propio, puede alcanzar la dignidad

de saber culto. Para tener acceso al reino de la cultura y merecer la calificación de hombre culto se requiere haber pasado por la escuela del aprendizaje siempre difícil del saber, pero quede constancia de que no cualquier saber resulta idóneo para cumplir con esta finalidad.

La segunda interpretación de 'culto' se vincula con el comportamiento de la persona en el seno de una comunidad, que tiene una tradición de usos y costumbres en relación con los vínculos que se establecen entre los individuos y que suavizan las relaciones personales y facilitan la convivencia colectiva. Esto tiene que ver con el refinamiento de las maneras de comportarse, que presenta una pluralidad de estilos según los países y las épocas. En unos casos el trato es suave y ceremonioso, en otros puede tener algunas asperezas; todo depende de las jerarquías sociales del lugar y el tiempo.

De más está señalar que las dos maneras de concebir al hombre culto no están divorciadas, y que el saber incide sobre el comportamiento y que éste presupone formas y contenidos de saber previamente asimilados.

Conflicto es, lo mismo que cultura, un término de la lengua corriente, de uso diario, cuyo significado se cree captar sin dificultad. Pero en la medida en que se incorpora al vocabulario técnico de la psicología, de la sociología o de la política o, también, del arte de la guerra, reclama ser definido con pulcritud. Sólo con esta precaución podrá ser introducido en el contexto de las ciencias ya enumeradas.

La palabra pasa por ser equivalente en su significación de 'contienda', 'combate', 'lucha', es decir, contraposición de fuerzas que revelan la existencia de una tensión entre opuestos que, eventualmente, puede descargarse y provocar la eliminación de uno de los oponentes, en cuyo caso el conflicto cesaría, tal vez para renacer en la medida en que al término sobreviviente se le contraponga otro en clara actitud de amenaza.

Vinculado a su contrario revela el antagonismo, también la antinomia que invita a ser superada para aliviar al conocimiento de una ambigüedad incómoda. En todos los casos, conflicto es una relación entre dos entidades, fuerzas o elementos de un conjunto. En esa relación pre-

valece la nota negativa, que indica un desequilibrio. Y esto puede ocurrir en la esfera íntima de la persona, en el seno del grupo social, en las instituciones que colaboran en la organización de la vida colectiva, pero también en la sociedad entera y en el amplio mundo de las naciones que no ignoran la existencia de rivalidades y deseos de superar a los vecinos. En todos los casos se adivina un amago de desintegración, en cualquiera de los niveles nombrados. Conflicto es un tipo de relación que denota la quiebra de la unidad de un complejo —individual, social, nacional, etc.—.

A esta altura de la exposición no sería impertinente preguntar por los conflictos que asedian a las culturas y, en algunas ocasiones, las desgarran y ponen en peligro su porvenir. Son de dos tipos: interiores a cualquier sociedad y exteriores cuando se trata de contactos entre culturas distintas.

En el primer caso han de tomarse en consideración los factores que están en la raíz de los conflictos: raza, lengua y religión. La división, que puede degenerar en oposición en cualquiera de esos dominios, conduce fatalmente al cuestionamiento recíproco de formas de vida o, mejor, estilos de vida que no armonizan fácilmente entre sí. En general, las minorías de otra raza, insertas en una sociedad que las subestima, no sólo no se sienten a gusto en el medio en que han sido trasplantadas, sino que oponen resistencia a las creencias, tablas de valores, usos y costumbres de la sociedad en que han de desarrollar sus actividades. Blancos y hombres de color, en los países donde el azar los ha mezclado, acaban por ser agentes de luchas intestinas que, por la carga de pasiones e intereses que soportan, no dan muestras de agotamiento. La mera persuasión no suele dar resultados duraderos y la misma legislación, que procura zanjar las diferencias a través de la vigencia de leyes que sirvan de amparo a quienes se sienten postergados, tampoco alcanza éxitos definitivos. El consejo seguido en algunos países, por incitación de sus gobernantes, de apresurar la mezcla de sangres, no siempre se ha revelado eficaz por la demora en alcanzar resultados rápidos capaces de aliviar tensiones seculares.

No son menos intensos los conflictos que originan

las diferencias de religión, que en este caso atacan planos más hondos de la vida social, porque comprometen las creencias, que se desenvuelven en el campo intelectual, con la afectividad que hunde sus raíces en los estratos más hondos de la persona. A esto hay que agregar los intereses materiales, nunca del todo ausentes de la religión, que contribuyen a sumar su peso a las divergencias de dogmas y cultos.

La diferencia de lenguas origina conflictos similares. No habría que olvidar que la lengua es 'un producto de la cultura' que ha nacido dentro de sus límites y refleja la estructura de la sociedad y su dinámica. Pero es también 'una parte de la cultura', lo que equivale a reconocer que es un sector, susceptible de ser analizado como si se tratara de un sistema de entidades autónomas, como de hecho lo hace el lingüista. Y, finalmente, la lengua es también y primordialmente, la 'condición de la cultura', ya que a través de ella se opera el aprendizaje de ideas y actividades y la conservación y transmisión de las mismas a lo largo de la historia de un pueblo y, aun, más allá de sus fronteras.

Pero la unidad lingüística no se da en todos los países, y en algunos conviven grupos distintos que hablan lenguas diferentes, y no siempre lo hacen en actitud cordial. Hay casos en que la unidad social de un país se pone en peligro a causa de la división lingüística del mismo, sobre todo cuando, desde las esferas del gobierno, una de las lenguas tiene prioridad sobre la otra. La existencia de dos idiomas en la misma nación —el caso de Bélgica en que conviven el francés y el flamenco— origina serios equívocos: basta pensar que la Universidad de Lovaina, una de las de mayor prestigio en el mundo, impartía sus enseñanzas en lengua francesa y ha tenido que ser desalojada de la zona flamenca, a fin de que la lengua rival, con menor circulación en el mundo entero, pudiera ser el vehículo indiscutido de la ciencia y de las humanidades. Y esto con un costo de más de mil millones de dólares. Podría mencionarse el caso, entre otros, de la enseñanza en la Universidad de Barcelona, donde la mayoría de las cátedras ha abandonado el español para ceder su sitio al catalán. Situaciones semejantes, aunque todavía en me-

nor escala, se repiten en América, allí donde las lenguas aborígenes mantienen su vigencia y desafían la introducción de las lenguas de los conquistadores: por ejemplo, el español y el quechua, reconocidos como lenguas oficiales en Perú y otros países, o el español y el guaraní en Paraguay. En uno y otro caso se estimula, desde los gobiernos, la producción literaria en la lengua aborígen.

No cabe duda de que estos conflictos lingüísticos han surgido espontáneamente, pero tampoco puede ocultarse que en algunos casos han sido estimulados por quienes tienen interés en debilitar la unidad de los países afectados y provocar la aparición de segregaciones territoriales. En más de un caso, por ahora más en Europa que en América, se han estimulado programas de separatismo fundados en la incompatibilidad de las lenguas que se hablan en el mismo territorio. Se reclama una autonomía cultural, seguida rápidamente de consecuencias políticas, y se acaba predicando la separación.

Entre nosotros existe un movimiento bien organizado que de tanto en tanto hace escuchar sus reclamos, que suelen encontrar ecos favorables en muchas personas deficientemente informadas. Por ejemplo, los casos en que se reclama la enseñanza del mapuche, lengua casi del todo olvidada por los aborígenes, o del quechua, o del guaraní. Se alegan las virtudes expresivas de esas lenguas, la necesidad de devolver al aborígen la cultura de que lo privó la conquista y la colonización. No se menciona, al menos todavía, la consecuencia política que deriva de la separación de los grupos que hablan una lengua distinta del español.

No menos graves son los conflictos que se alimentan en las ideologías que profesan los distintos grupos de una sociedad. Nada hacen los hombres, sobre todo en el magno escenario de la acción pública y el ejercicio de las funciones de gobierno, que no aparezca justificado por algunas razones. Estas tienen por finalidad apuntalar las acciones que se realizan y, en máxima medida, justificarlas otorgándoles una especie de legitimidad que las ponga al abrigo de las decisiones que podrían calificarse de arbitrarias. La finalidad de las ideologías es mostrar la razonabilidad de las decisiones de los hombres de acción.

Ideología no es ciencia, aunque incluya en las mallas del saber amplias porciones de ciencia. Para que pueda hablarse de ideología es menester que se cumplan dos condiciones. Ante todo, la condición necesaria de que el saber sea limitado, parcial, fragmentario, aunque se lo presente como total y completo; luego, que incidan factores extrateóricos, que pueden ser intereses (económicos, políticos, bélicos, eclesiásticos, pedagógicos o de cualquier otra índole) o tensiones anímicas (individuales o colectivas). Así resultan las ideologías ocultadoras de la verdadera realidad, de la que sólo muestran un fragmento, aquel que favorece la causa que se aspira a hacer triunfar.

Unos predicán el cambio de mente en el hombre, modificando su tabla de valores y la orientación total de su conducta, lo mismo que la transformación de su afectividad para hacer posible el cambio económico y social que haga efectiva la consigna de la igualdad de todos los hombres. Piensan que el cambio interior ha de preceder al cambio social. Otros opinan, al contrario, que el cambio exterior, logrado por una acción violenta, ha de preceder al cambio interior. Y predicán la modificación del mundo para lograr la modificación de la mente del hombre. A través de ambos enunciados se advierte el conflicto que contrapone a los partidarios del capitalismo (y, en general, de la economía liberal) y los partidarios del comunismo (o de la estatización de todas las actividades productivas de la comunidad).

No faltan los conflictos generacionales que derivan del disgusto que los jóvenes sienten por la generación anterior, sobre todo cuando se considera la multiplicidad de problemas no resueltos y que afectan negativamente a los ciudadanos de un Estado. Pero también las discrepancias brotan de sensibilidades distintas, en todo caso permeables las nuevas a estímulos que facilitan la percepción de contrastes incómodos o situaciones injustas. El conflicto surge con mayor claridad cuando se trata de épocas críticas en que pierden vigencia los valores de antaño y la nueva generación pugna por introducir cambios que afectan a la estructura y la dinámica de la sociedad. Menos claro es el contraste en épocas conservadoras en que la mayoría de los miembros de la comunidad se rige por los

valores que tenían prestigio para sus antecesores. Pero en ambos casos, manifiesto o latente, el conflicto está siempre en acecho, y no sería exagerado afirmar que es un ingrediente inseparable de la estructura de la vida histórica.

En el orden político menudean los conflictos, cuya raíz última tal vez haya que buscarla en la apetencia de poder que anima a los actores y al no distribuirse entre todos ha de conquistarse por medios no siempre amables. Se perciben siempre: en la etapa inicial del proceso en que las energías de los aspirantes están concentradas en la lucha por restar prestigio y adhesión popular al contrincante. Y poco importa que éste sea miembro del propio Partido o extraño al mismo, no por eso depone su agresividad. El conflicto no desaparece al término de esa etapa, que normalmente suele coincidir con la campaña electoral, sino que se prolonga durante la etapa arquitectónica en que el trabajo de organización institucional y de administración de bienes y servicios públicos ha sido asumido por uno de los bandos, mientras el opuesto, cerrado el acceso al poder, organiza su oposición encaminada, a la larga, a erosionar el prestigio del gobierno.

Han de señalarse también los conflictos que se originan en la actuación de los sindicatos obreros, ya sea por la necesidad de mejorar la situación económica o por el deseo de eliminar los obstáculos legales que traban el libre funcionamiento de esas instituciones. Los sindicatos constituyen grupos de presión, al margen de los Partidos políticos o dentro de ellos, y en el mismo sentido han de considerarse otros grupos, que responden a finalidades distintas pero que ejercen presiones equivalentes sobre los poderes públicos: los industriales, la Iglesia, la masonería, las instituciones financieras, la juventud estudiantil. Todos ellos pueden, llegado el caso, actuar como antagonistas de los gobiernos, no para derribarlos, sino para obtener ventajas que consoliden sus propias posiciones dentro de la vida de la sociedad.

También en la intimidad del individuo se generan oposiciones que, en casos extremos, podrían comprometer el equilibrio anímico. En el plano de la inteligencia aparecen contradicciones variadas: no sólo la lucha entre la

verdad y el error, que reclama criterios de validez supra-individual para discernir la legitimidad de uno de los términos, sino también entre el sujeto y el objeto que, pudiendo concebirse de múltiples maneras, no dejan de actuar como antagonistas. Por el lado del objeto los contrastes entre finito e infinito, que a veces se presentan como la oposición entre la creación y la eternidad; también entre la divisibilidad sin límite y la unidad última, el átomo, concebido inicialmente como indivisible; y por el lado del sujeto el contraste entre el determinismo, que permite prever de antemano lo que habrá de suceder, y la libertad que abre un generoso margen de contingencia y con ello de imprevisibilidad.

En el plano de la afectividad —placer y dolor, emoción, sentimiento, inclinación, pasión— los contrastes son más notables, dada la labilidad de los estados. No son pocas las ocasiones en que la afectividad interfiere en la actividad de la inteligencia y enturbia la dirección de procesos que debieran mantener su pureza para que sus resultados merezcan ser acatados por todo el mundo.

Pero donde más se notan los conflictos es en la esfera de la voluntad. El sujeto, apremiado por las circunstancias, se ve forzado a tomar decisiones y para ello ha de preferir unos valores y posponer otros. La tabla de valores que se imagina constante en lo que atañe a su jerarquía, suele oponer dificultades a las preferencias. Estas no se hacen en el vacío, al margen de la vida concreta de cada individuo y de los requerimientos y creencias de cada etapa histórica. Por eso, las decisiones son delicadas y difíciles, y el sujeto moral puede caer en contradicciones respecto de su propia conducta anterior, ya que las presiones psicológicas y sociales gravitan de tal manera que llevan a quebrantar la línea de las preferencias de una persona: el conflicto se ha instalado de esta manera en el corazón mismo del sujeto actuante. Algunos ejemplos se prestan para ilustrar esta situación: la oposición entre norma, que prescribe el camino a seguir y lo hace para todos y siempre, y libertad, que es el rasgo intrínseco que mejor define la personalidad del sujeto; veracidad a todo trance y mentira piadosa; plenitud humana, que al lado de las cualidades positivas no puede omitir algunos ras-

gos negativos, y pureza que exige la eliminación de todo lo que compromete ese estado ideal; "no matarás", erigido en máxima universal como expresión acabada del respeto por la vida humana, y pena de muerte como sanción judicial, o muerte del agresor en defensa propia, o del enemigo en el campo de batalla.

Para terminar sólo quedaría agregar dos palabras más, relativas a la incidencia de los antagonismos, responsables de los conflictos, en la marcha de la historia argentina. Ellos traducen la dinámica del movimiento social y constituyen el factor propulsor de los cambios.

La sociedad, solicitada por tensiones opuestas, está siempre en equilibrio inestable, debido a la "insociable sociabilidad", que es un rasgo distintivo del hombre, como lo había señalado Kant a fines del siglo XVIII en su escrito sobre filosofía de la historia. Es cierto que las costumbres, por una parte, y las leyes, por otra, contribuyen a suavizar las relaciones entre los individuos y hacer más flexibles los comportamientos en el seno de la sociedad. Pero estos recursos no pueden suprimir las hostilidades, cuya raíz se encuentra en el hombre mismo. De hecho el individuo busca a su prójimo con la esperanza de encontrar apoyo y protección, pero enseguida surgen las rivalidades y las disensiones por el juego de los intereses que entran en competencia. La lengua misma que hablan los integrantes de una comunidad es un poderoso factor de unión social. Las regulaciones jurídicas, que se añaden a los factores espontáneos de aglutinación social, procuran señalar los caminos de la acción humana que eluden las fracciones entre los hombres y entre grupos y clases sociales, pero no pueden suprimir la competencia, la formación de grupos de presión que influyen sobre la marcha de las gestiones de gobierno. De ahí que el conflicto esté siempre en acecho.

Desde los días de Sarmiento (1845), que en el *Facundo* enumeró los contrastes más salientes de nuestra historia, la lista se ha enriquecido. No sólo civilización y barbarie, que parecían cubrir toda la escena social, sino otros como ciudad y campaña, cultura y anarquía, unitarios y federales, ejército y montonera, individuo y masa y también los que parecen más recientes como patria y colonia, nati-

vo y gringo, norma y libertad salvaje, democracia y dictadura.

Al desarrollar esta teoría se intentaba explicar la marcha de la historia argentina como un movimiento a través de oposiciones. Sarmiento le antepuso la teoría de la acción modeladora del medio ambiente, como hecho que aclara las diferencias entre grupos humanos situados en regiones distintas y forzados a realizar acciones diferentes que, en última instancia, influyen sobre la formación de su carácter y condicionan sus reacciones intelectuales.

El conflicto, índice de la estructura dinámica de la sociedad, no es en sí mismo reprochable, y nada obliga a retroceder ante él o esforzarse por disimular su presencia. La actitud sana, en los fueros público y privado, ha de consistir en tomar conciencia de sus términos, anticipar en ideas sus posibles soluciones, aun a sabiendas de que una vez resuelto renacerá en otro nivel de la cultura o acaso en el mismo aunque con actores diferentes. Lo digno es asumirlo siempre y no postergar las decisiones agravando las dificultades y transfiriendo a otros la responsabilidad de la solución. Lo digno es estar dispuesto a luchar.

No se trata de pregonar un pacifismo condenado a hacer concesiones que agravan a quienes incurren en la debilidad de someterse a ellas, sino afrontar el riesgo de una lucha que llevará a la victoria si se pone empeño en alcanzarla. En el plano social la vida no es un idilio sino una contienda siempre renovada. Viril es aceptar la lucha, creando de antemano las condiciones de la victoria para no sucumbir sin honra. Ya en el aséptico orden del pensamiento se ha asegurado que las ideas no son inocentes, que "vienen armadas de lanza y de escudo", y el que quiera arriesgarse a su juego peligroso ha de saber que la lucha es inevitable. Aceptemos, pues, el reto.

## INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

- COSER, *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social* (Buenos Aires, Amorrortu, 1970).
- RAYMOND MACK & RICHARD C. SNYDER, *El análisis del conflicto social* (Buenos Aires, Nueva Visión, 1974).
- BRIAN CROZIER, *Teoría del conflicto* (Buenos Aires, Emecé, 1977).
- RICARDO MALIANDI, *Cultura y conflicto* (Buenos Aires, Biblos, 1984).
- GEORG SIMMEL, *La lucha*, en "Sociología" (Madrid, Espasa-Calpe, 1939), pp. 247-331.